

# Querido Diario:

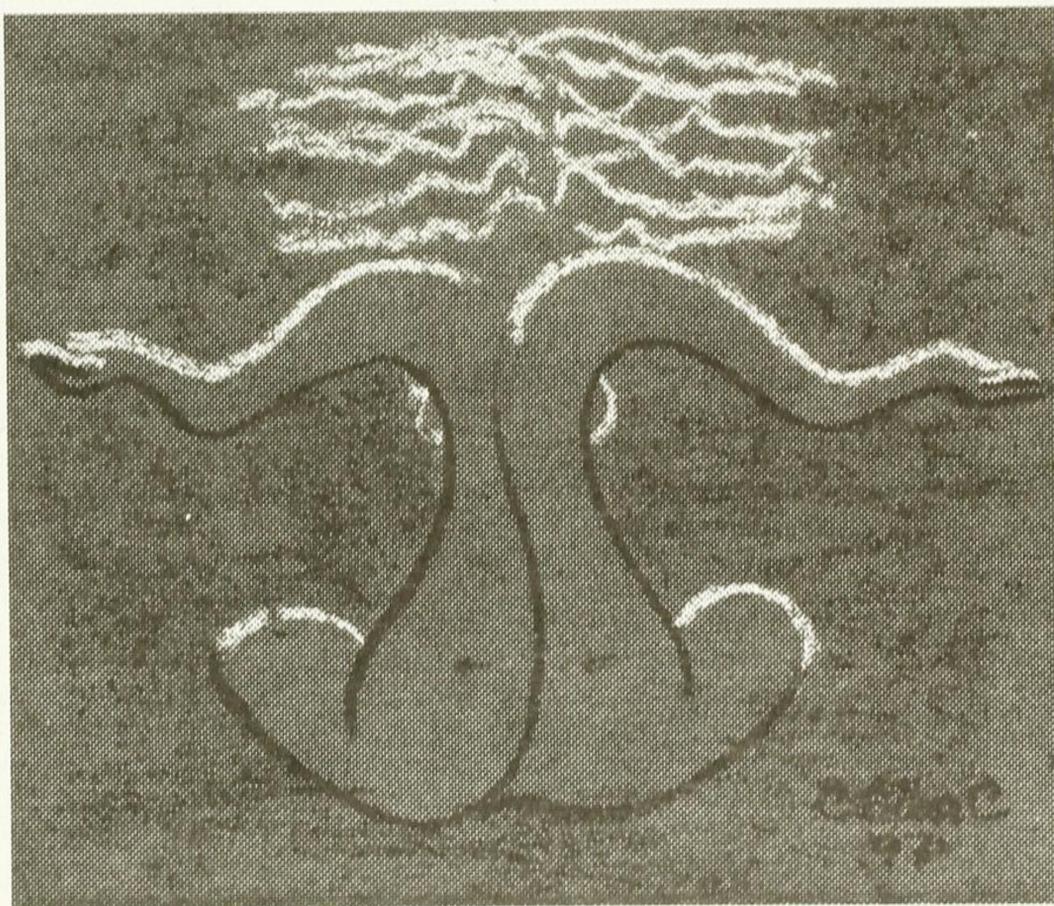
Marcela Guijosa

Les finalmente, este seis de julio, sí fui funcionaria de casilla.

Cuando se supo que iban a sortear gente nacida en julio y agosto, confieso que lo primero que pensé es No por favor, que no me vaya a tocar.

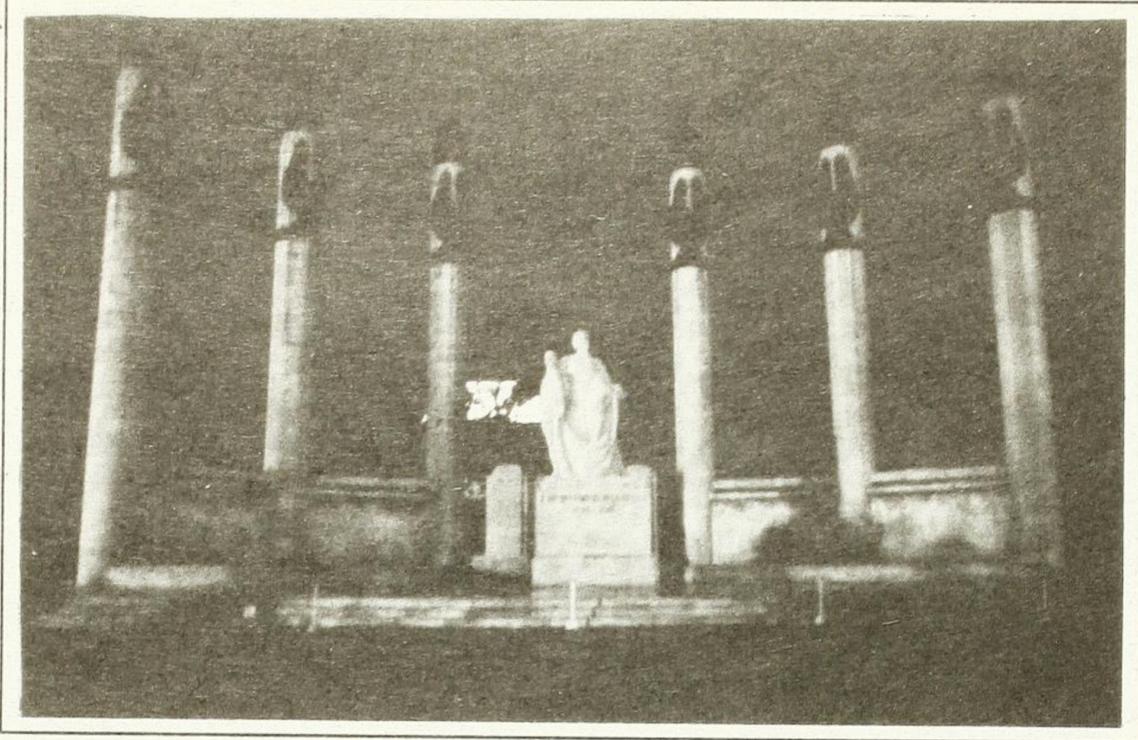
Qué horror, hasta vergüenza me da. Pero con la amenaza de que te lleguen este tipo de nombramientos, la respuesta normal en mí es ¡No! ¡Qué hueva! ¿Todo el domingo? ¿Desde las ocho de la mañana y hasta quién sabe qué horas?

Y ahorita me percaté de que estoy repitiendo una reacción muy antigua. Oída en mi casa cuando yo era chica, por ejemplo, pronunciada por mi madre y por mis tías. Oída en mi ciudad, durante muchos años escépticos donde a nadie le interesaban demasiado las votaciones porque ya sabíamos quién iba a ganar, por las buenas o por las malas. Leída entre líneas en el silencioso desdén de muchas mujeres mayores, cuando gran parte de la verdadera femineidad consistía en no interesarte por la política porque, como el fútbol, era cosa de señores. A muchas mujeres, además, estas cosas les dan miedo. Se imaginan bandoleros con pistolas robándose las urnas o muchedumbres enardecidas rompiendo puertas y ventanas y coches y camiones el día de la votación. O quién sabe qué más se imaginen.



Pero me tocó, y a Mariana mi hija también. Recibimos una primera y rápida capacitación a domicilio, porque “no iba nadie” a los lugares señalados para ello. Y entonces los jóvenes empleados del IFE se dedicaron a ir de casa en casa a convencer y capacitar a la gente. Todavía la semana anterior seguían haciendo visitas a los funcionarios de casilla para cerciorarse de que nadie fuera a fallar.

Total que, aunque mi nombramiento decía “Segundo Suplente” y había la posibilidad de que sólo fuera a presentarme y me regresaran, ahí me tienes desde las siete cuarenta y cinco de la mañana del seis de julio cumpliendo mi responsabilidad con la Patria y



cumpliendo con mi deber ciudadano. Desde ayudar a armar las dichosas urnas, porque que difícilísimo resultó. Mientras una creciente cola de gente madrugadora se impacientaba, tanto los de mi casilla básica como los de la contigua nos afanábamos para la apertura del changarro. Nos cortamos, nos rompimos las uñas, nos ayudamos con llaves y tijeras, las armábamos mal, lo volvíamos a hacer, nos desesperamos pero lo logramos. Y el chavo que era Presidente de mi casilla me dijo Señora, no se vaya, quédese a ayudarnos por favorcito.

Y me quedé, encantada. No me podía ni me quería ir. Cuál flojera, cuál aburrimiento, si este seis de julio como que soplaban otros vientos. Me la pasé feliz de la vida, viendo a todos mis vecinos, saludándolos, reconociéndolos.

No hubo nada desagradable; no hubo casi ningún incidente. Sólo el representante general del PAN estuvo de necio chingue y chingue con que suspendiéramos la votación porque había que quitar un cartel de propaganda del PRI pegado en un poste como a 100 metros de la entrada de la casilla. Como la ley le daba la razón, no se continuó hasta que se retiró el cartel.

Todo el día fue maravilloso, aunque lo mejor fue el escrutinio. Salieron muchísimos votos para el PRI, pero el PRD tuvo más: casi lo doble. El Verde y el PAN salieron casi parejos, bajones ambos. Y los pobres PPS y PDM me daban tristeza. Tuvieron uno o dos votos en total. Los funcionarios, todos, tomamos muy en serio nuestro papel, y muy solemnes dictábamos y anotábamos los resultados en las actas. Nadie decía qué bien o qué lástima; nadie soltaba prenda de sus preferencias par-

tidarias porque así dice la Ley Electoral. Sin embargo, se sentía una vibra contenta, se percibía algo, unos ojos que se miraban unos a otros iluminados por la esperanza. Y los gritos y los aplausos serían después, ya en nuestras casas, o en el Zócalo.

Y cómo resumir mis impresiones. La cooperación increíble de toda la gente, sobre todo los funcionarios de casilla. Todos de buen humor, todos ayudando en lo que se pudiera, todos respetán-

dose unos a otros de una manera que francamente me sorprendía. ¿Esa es la gente que ves todos los días en el D.F., que te echa encima el coche o el microbús en cuanto puede? ¿Esa es la gente que tira la basura enfrente de mi casa y le vale madres? ¿Esos son mis vecinos que me reclaman por un coche mal estacionado o que dejan que sus gallinas o sus perros se suban a mi techo y me rompan las tejas y que por más que les suplico no pelan?

Era como la navidad, Y paz en la tierra a los hombres y mujeres de buena voluntad. Era como un mundo utópico y feliz, donde el espíritu era totalmente antiburocrático. Esos generosos chavos del IFE, tan prendidísimos, tan de veras cooperadores, mucho más de lo que les marcaba su deber. Esos funcionarios de mi casilla, que cumplían celosos su deber pero que sabían que las normas estaban hechas para beneficio de todos y no soportaban tampoco un espíritu legalista. Esos representantes de partido, que en general se portaron a la altura. Esos suplentes que -como yo- se quedaron a ver en qué podían ser útiles. Ese trabajo de todos, sin cobrar, sin interés. Ese día tan de veras democrático, tan de veras pluralista y radiante de tolerancia. Ese día que me demostró, contra muchas de mis hipótesis, que a la gente mexicana sí le importa su patria.

¿Habría sido este tiempo tan bello sólo por ser tan corto?

¿Será que México de veras está empezando a cambiar?

¿Por qué no nos podemos quedar para siempre así, así como estuvo el Distrito Federal el seis de julio de mil novecientos noventa y siete? *Am*